

¿Quién nos dice lo que debemos soñar?

Jesús Vicente García

A QUIENES NACIMOS A FINES de los sesenta nos tocó ver las primeras franquicias, que en cosa de meses se masificaron con una rapidez inaudita. Para fines de los ochenta éramos ya repartidores de pizzas y se agradecía la existencia de las tiendas de 24 horas para comprar cerveza a medianoche; el señor de la “vinata” tardaba en abrir y encarecía las botellas, así que los nuevos comercios eran un paraíso. Vimos la caída del muro de Berlín y el rompimiento del mundo socialista con la entrada del capitalismo a la URSS; la supuesta enemistad entre las dos potencias se hacía humo. Los encuentros de basquetbol entre ellos sólo eran partidos de basquetbol, ya no símbolos de poder político.

No sabíamos qué consecuencias tendría esto. No conocíamos el término *globalización*, simplemente veíamos que el mundo cambiaba y nosotros con él, porque la tecnología avanzaba sin detenerse; del formato Beta a VHS, de ahí al DVD. La televisión nos presentaba programas en donde resolvían conflictos familiares, en los cuales el aplauso constante indicaba que todo tenía solución. En México, los aplausos eran en *Siempre en domingo*, con Raúl Velasco, pero se quedó corto con el *Show de Cristina*, que llegó cuando aquél casi fenecía. El mundo representaba su realidad de otra manera y nosotros los veinteañeros nos lo comíamos sin mayor problema, sin saber que estábamos entrando en la globalización.



Todo esto me evocó (amén de su prosa limpia y sencilla, con ironía y fluidez, que es de agradecer) la lectura del reciente ensayo (dividido en siete partes) de Rosa Beltrán, *Mantis: sentido y verdad en la cultura literaria posmoderna*. Entonces, uno piensa en esos libros de grandes tirajes y sus miles de lectores; en el mundo Starbucks, lugares en donde la clase media bebe café frente a sus laptops, envía mails, ve manga, lee cadenas y, sobre todo, se informa de lo *fashion* en el vestir y en el comer, de los antros y las plazas comerciales a visitar. Porque para ellos, en esa apariencia está la realidad que alguien quiere que veamos. Como dice Beltrán, alguien sueña por nosotros, alguien nos dice qué debemos soñar.

El aplauso vacío

En el caso de la televisión y su narrativa, la autora recuerda que en el noventero *Show de Cristina* se da el aplauso por el aplauso, sin más ni más, sin un sentido, y no tener sentido es el sentido que tiene la vida; lo que interesa es que se aplauda, que se sonría ante la cámara; es un aplauso vacío, un programa sin contenido donde se eleva la forma sobre el fondo; se habla de la superficie desde la superficie: una trama sin historia. Entonces, hay mímicas y frases ya hechas que se repetirán en todos los programas hasta que el auditorio se los aprenda y viva con ellos, y los repita sin mayor problema. Esto es el éxito, el de un programa con aplausos para generar reacción. Y de esa misma forma vivimos y vemos que se transmite a la literatura de los grandes tirajes; hablan de la superficie desde la superficie.

Periodismo, literatura y el sinsentido

Se supone que el periodismo dice la verdad, porque todo dato debe estar corroborado; en tanto que la literatura juega con la realidad, crea su cosmovisión, inventa, imagina. Rosa Beltrán pone un ejemplo de 1996: el asesinato de Manuel Muñoz Rocha, acusado de asesinar al cuñado del entonces presidente Carlos Salinas de Gortari. A su vez, “La Paca”, una vidente, le dijo a Pablo Chapa Bezanilla, fiscal especial para el caso, que había una osamenta en la finca El Encanto, cuyo dueño era Raúl Salinas de Gortari, y que él era el asesino, el hermano de Carlos Salinas. Y la osamenta, de Muñoz Rocha.

El caso se enredó peor que una madeja de estambre en las garras de un gatito juguetero. Como capas de cebolla, se fue anexando una y otra arista al problema, pero no para resolverlo sino para que no se resolviese. Después sucedió que la osamenta no era del ex diputado, sino del consuegro de “La Paca”. Recuerdo que todo México opinaba, decía y se desdecía. Los periodistas se convirtieron en detectives, los detectives en espectadores, y éstos en la burla de los políticos y de la misma realidad. Entonces, lo que no podía hacer el periodismo lo hacían las formas literarias; ya no bastaba con decir lo que comprobadamente había, porque perdía credibilidad; la gente no creía, pero con un toque literario todo adquiriría verosimilitud.

Carlos Fuentes dijo que la realidad había superado a la ficción y que los escritores se quedaban cortos ante este caso. Y bien lo dice Beltrán: “La realidad nacional más bien se parece a la peor —que ya parece



pleonasma— película de Juan Orol”. El periodista se tenía que convertir en un buen escritor o no le creían. La razón está en que el caso tenía muchos cabos sueltos, inconexos, incoherencias y absurdos, pero esa era la realidad; en tanto que un texto narrativo, y más si es policiaco, debe tener los hilos “bien trazados”, y aquí no había ni clímax ni desenlace. “El cuento del acontecer político mexicano se extiende sin posibilidad de un final y los hechos narrados no conducen a ninguna parte”. Como ejemplo actual está el caso de Digna Ochoa (que se suicidó, pero antes se disparó en otras partes del cuerpo) y el de la niña Paulette, muerta en las narices de la policía y de la gente que entró a su recámara, pero éstos no la vieron, y los perros (seguramente griposos) tampoco la olieron.

Tiene razón Beltrán al decir que en la ficción pueden encontrarse las claves de lo que ocurre en el mundo, no en el periodismo. ¿Eso hacen los autores actuales, esos que venden miles de libros de un plumazo, o por qué se consume tanto? Es la globalización al servicio de los libros, que no de la literatura.

Al mismo tiempo, la autora nos lleva de la mano a un breve paseo por los años sesenta, setenta y ochenta de un México en el que había editoriales que apostaban por los escritores de su momento, que incluso publicaron a los que años después serían sus propios clásicos; que aunque el PRI creó mecenazgos e hizo lo que quiso, había esas editoriales, y quienes atendían librerías sabían de libros y ediciones; había más programas culturales en emisiones radiofónicas que ahora, sobre todo de literatura; había debates públicos en los periódicos.

Precisamente, el cierre de editoriales y librerías, revistas y diarios, dice Beltrán, fue lo que animó el libro del que estamos hablando ahora. “La falta de espacios públicos para propiciar el debate cultural es una prueba de que la globalización entendida como el acceso y la divulgación irrestricta de bienes culturales es más que dudosa”. A eso, hay que anexarle “la pauperización de las clases medias y populares y la falta de interés de los gobiernos en la cultura”, y por si fuera poco, “la conversión de los libros en mercancías”.

El dedo en la llaga

Volvemos al principio, con los programas de televisión en donde lo importante es el éxito; pareciera que la literatura es de autoayuda y eso es lo que se vende: programas de televisión en forma de libro. Se habla de lo superficial y se le aplaude desde esa misma perspectiva. “¿Quién quiere complicarse la vida con la lectura de un libro triste o complejo o anacrónico, cuando vivir es ya de por sí complicado?” Si en los ochenta se vivió la entrada al mundo del “logo”, donde el individuo es una marca y una forma de pertenencia, los noventa vieron el fin de las utopías (la perestroika, la caída del muro de Berlín, las innovaciones tecnológicas) y del pensamiento crítico. Es la aldea global. El mundo de “todo-a-la-

La realidad nacional
más bien
se parece
a la peor película
de Juan Orol

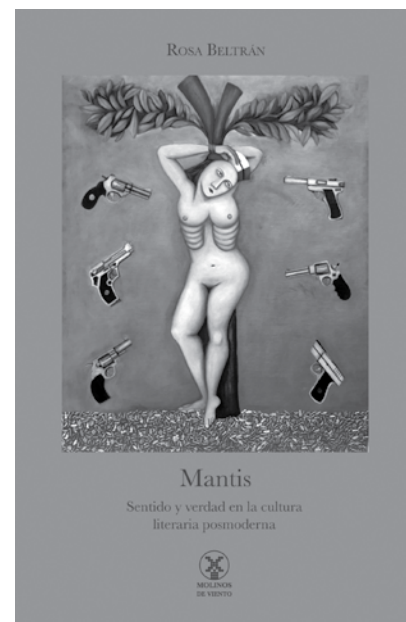
vez”. Se perdió la brújula de la crítica. Se creó el ambiente propicio para la venta descomunal de esta nueva narrativa convertida en producto de venta, no de arte.

Al respecto, Beltrán pone el dedo en la llaga y abre la mesa de debate con diversos puntos de discusión: 1) Estos libros se venden en el mundo del libre mercado, porque cualquier producto que traiga resabios de lo “legible” y lo “familiar” es rentable. 2) Dichos volúmenes alcanzan altos índices de venta en proporción a la baja exigencia intelectual de los lectores. 3) El tema en cuestión no se discute con seriedad en los planos intelectuales, sino en el lado del cotilleo. 4) Como se resume en una cita de Roberto Bolaño: “la literatura no vale nada si no va acompañada de algo más refulgente que el mero acto de sobrevivir”. 5) Los libros mercancía venden mucho, porque son legibles, claros, amenos, transparentes. Y eso no sería problema, dice (por el contrario), salvo cuando es sinónimo de algo más: de redundancia, de falta de profundidad, de deshidratación, de vuelta al pasado sin que éste se altere un ápice. Y uno puede pensar que también el canon cambia con el marketing.

De la misma manera en que la imagen de la globalización oculta sus consecuencias en los países pobres, en donde no se ve lo que hay detrás del mundo Starbucks, una imposición de ideas y reduccionismo de análisis, porque absorbe las diferencias a fin de anular la posibilidad de discrepancia, así sucede con la literatura, porque es de complacencia: repite lo que todos repiten y por eso atrae; se reproducen los diálogos y gestos que se hacen diario y se espera la misma respuesta del otro; es más fácil vivir así, es menos complicado en un mundo de por sí difícil, dice Beltrán.

Así que si no nos salimos del fango sucederá lo mismo de hace veinte años, para quienes vimos llegar la globalización sin saber lo que era, mientras comíamos una pizza envuelta en un cartón con nuestro nombre (la personalización nos hizo sentir incluidos en ese mundo), con un refresco de cola y soñando lo que otros querían que soñáramos.

Mantis es un cuestionamiento a las formas en que se representa la aparente realidad en los medios (en la televisión, principalmente); cómo se lee esa representación, cómo percibimos las torturas, las guerras; qué consecuencias conlleva el exilio geográfico; por ello, la necesidad de una narración que nos permita leer el boom de imágenes que nos bombardea en todo momento, con el fenómeno de la inmediatez y la conexión constante con el mundo a través de una computadora y un celular. Quizá por eso la literatura ya no es el trampolín para pensar, para crear ideas, para ser auténtico, porque ser auténtico no es lo que deseamos, sino lo que desean que deseemos los dueños del dinero, incluyendo las grandes editoriales que señalan qué se debe de leer, a quién hay que publicar, quién sí vende; lo demás, diría Hamlet, es silencio, globalizado, por supuesto. ■



Rosa Beltrán
*Mantis: sentido y verdad en la
cultura literaria posmoderna*
México, UAM (Molinos
de Viento)
2010, 98 pp.